

prudencia mundana, el sentido común ennoblecido por su contacto con el ascua viva y sagrada de lo ideal. Hasta las bestias que estos personajes montan participan de la inmortalidad de sus amos. La tierra que ellos hollaron quedó consagrada para siempre en la geografía poética del mundo, y hoy mismo, que se encarnizan contra ella hados crueles, todavía el recuerdo de tal libro es nuestra mayor ejecutoria de nobleza, y las familiares sombras de sus héroes continúan avivando las mortecinas llamas del hogar patrio y atrayendo sobre él el amor y las bendiciones del género humano.



## EL QUIJOTE DE AVELLANEDA



## INTRODUCCION

### I

**L**A edición barcelonesa de 1905, á la cual antecede nuestro estudio que aquí va reimpresso (1), es la sexta que en lengua castellana se conoce del *Quijote* apócrifo que lleva el nombre de Alonso Fernández de Avellaneda. Hízose en Tarragona la primera, con el frontis siguiente:

*Segvndo | Tomo del | Ingenioso Hidalgo |  
Don Qvixote de la Mancha | que contiene  
su tercera salida: y es la | quinta parte de  
sus auenturas. | Compuesto por el Licenciado  
Alonso Fernandez de | Auellaneda, natural  
de la Villa de | Tordesillas. Al Alcalde,  
Regidores, y hidalgos, de la noble villa del*

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Qvixote de la Mancha. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas. Nueva edición cotejada con la original, publicada en Tarragona en 1614, anotada y precedida de una introducción por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de la Academia Española. Barcelona, Toledano, López y C.<sup>a</sup>, 1905, 8.<sup>o</sup>*

*Argamesilla, patria feliz del hidalgo Cauallero Don Quixote | de la Mancha.* (Aquí un grabadito que representa al hidalgo manchego lanza en ristre, idéntico al que aparece en la primera parte del Quijote publicada en Valencia, 1605, por Pedro Patricio Mey.) *Con Licencia. En Tarragona, en casa de Felipe Roberto, Año 1614.*

Es un volumen en octavo, de 4 hojas preliminares, 282 folios, y 5 hojas más sin numerar. Inútil es encarecer su extremada rareza.

No es inverosímil, pero sí muy dudosa, la existencia de una reimpresión de Madrid, 1615, mencionada vagamente por Ebert en su *Léxico bibliográfico*. Hasta ahora no se conoce ejemplar alguno de ella.

Como este falso Quijote fué mirado con la mayor indiferencia por sus contemporáneos, hasta el punto de no citarle ningún escritor del siglo xvii, que yo recuerde, desde los días de Cervantes y Tamayo de Vargas (1) hasta los de Nicolás Antonio, que cumpliendo su oficio de bibliógrafo tuvo que catalogarle,

(1) En su obra inédita *Junta de libros, la maior que España ha visto en su lengua hasta el año 1624* (manuscrito de la Biblioteca Nacional). Tamayo no da á entender que Avellaneda fuera seudónimo; le cataloga como autor real que «sacó con desigual gracia de la primera, la segunda parte del *Quixote*».

hay que llegar hasta 1732 para encontrar una nueva edición. Hízola el erudito y extravagante D. Blas Antonio Nasarre, movido por los elogios que de la traducción, ó más bien arreglo francés de Le Sage, había leído en el *Journal des Sçavants* de 31 de Marzo de 1704. He aquí el título de este volumen, que ya comienza á escasear:

*Vida y hechos | del Ingenioso Hidalgo | Don Quixote | de la Mancha, | que contiene su quarta salida | y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesta por el Licenciado Alonso Fernández | de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas. | Parte II. Tomo III. | Nuevamente añadido, y corregido en esta | Impresión, por el Licenciado Don Isidro Perales y Torres. | Dedicada, &. | Año 1732. | Con Privilegio. En Madrid, A costa de Juan Oliveras, Mercader de Libros, Heredero de Francisco Lasso... 4.º 16 hs. prls. 275 pp. y 5 sin foliar de Tabla.*

Nasarre, con muy buen acuerdo, omitió su nombre en el disparatado *Juicio de la obra*, que va á guisa de prólogo. No tuvieron tan discreto aviso los aprobantes D. Agustín de Montiano y Luyando, y D. Francisco Domingo, presbítero beneficiado de la iglesia parroquial de Aliaga, á quien, no sé por qué, consideran algunos como una segunda máscara de Nasarre. Jamás las aprobaciones de

libros, que eran documentos oficiales y autorizados, aparecen suscritos por personas imaginarias; y ha sido menester toda la caviliosidad de los críticos partidarios de la hipótesis de Aliaga y dispuestos á traer por los cabellos cuanto conduzca á su intento, para dudar de la existencia del pobre beneficiado, y atribuir á Nasarre el extraño honor de haberse anticipado á su conjetura, aunque no la publicase por prudencia (1).

Esta edición que tenemos por segunda es desdichadísima en tipos, en papel y en todo. Se la puso el epígrafe de tomo tercero, para que hiciese juego con las dos partes del Quijote de Cervantes, impresas en la misma forma. Pero el público siguió rechazándola, y sólo en 1805 apareció una nueva y mutilada edición en dos tomitos (Madrid, imprenta de Villalpando), donde, además de otros expurgos menores, arrancó de cuajo la censura los cinco capítulos que contienen las historias

(1) Antes de Nasarre, otro autor todavía más estraño, pero mucho más ingenioso, el Dr. D. Diego de Torres Villarroel, se había fijado en el Quijote de Avellaneda que sólo conocía por la traducción de Le Sage y por los elogios del «Diario de los sabios» de París. En su libro *El Ermitaño y Torres, aventura curiosa en que se trata de la piedra filosofal*, se lamenta de la incuria de los españoles que habían dejado perder casi todos los ejemplares del Avellaneda tan estimado por los franceses (*Obras de D. Diego de Torres*, tomo 6.º, edición de Madrid, 1795, p. 32).

*del rico desesperado y de los felices amantes*, escandalosas sin duda, pero que literariamente consideradas no son de lo peor que el libro contiene, especialmente la segunda. También está algo expurgada, pero mucho menos, la edición barcelonesa de 1884, publicada en la *Biblioteca Clásica Española*, de los editores D. Cortezo y C.<sup>ª</sup>

No hay, por consiguiente, más edición moderna digna de fe que la que publicó D. Cayetano Rosell en el tomo 1.º de *Novelistas Posteriores á Cervantes* de la Biblioteca de Rivadeneyra (1851), y aun ésta tiene el inconveniente, como todos los demás textos de la colección en que figura, de haber sustituido la ortografía moderna á la antigua, aun en los casos en que puede representar una diferencia fonética.

Algo más extensa y curiosa es la bibliografía extranjera del *Quijote* de Avellaneda, gracias á la fortuna que este mediano libro tuvo de caer en manos de un traductor infiel y habilísimo que le mejoró en tercio y quinto. En 1704 se publicó anónima esta traducción francesa, ó más bien arreglo, de Le Sage, cuyo nombre por tantos títulos debe figurar en muchos capítulos de la novelística española:

«*Nowvelles aventures de l' admirable Don Quichotte de la Manche, composées par le Licencié Alonso Fernandez de Avellaneda:*

*Et traduites de l'Espagnol en François, pour la première fois. A Paris. Chez la Veuve de Claude Barbin, au Palais, sur le second Perron de la Saint Chapelle. MDCCIV. Avec Privilege du Roy.»* 2 ts. en 12.º Hubo por lo menos dos reimpressiones de este *Quijote* apócrifo, uno con la fecha de 1707 (Londres) y otro con la de París, 1716. Posteriormente ha sido reimpresso en colección con las demás obras de Le Sage, (1) pero como hoy es muy poco leído, aun en Francia, me parece curioso apuntar aquí las principales diferencias que ofrece con el de Avellaneda, advirtiendo que las de detalle son innumerables, por haber puesto el refundidor francés especial cuidado en borrar las inmundicias y groserías del original.

*Avellaneda.—Quijote.*

Cap. I. Este capítulo corresponde al primero y segundo de la traducción libre ó *refacimento* que hizo Le Sage.

Cap. II. Corresponden al III y IV de Le Sage.

Cap. III. Parte del capítulo IV de Le Sage y todo el V.

Cap. IV. VI de Le Sage.

Cap. V. Le Sage, final del Capítulo VI.

(1) Tomos IX y X de la edición publicada por el librero Ledoux, en 1828.

Cap. VI. De la batalla con un guarda de un melonar, que D. Quijote pensaba ser Roldán el furioso. De este capítulo proceden el VII, VIII (con muchas cosas añadidas, especialmente la fantasía de la princesa Gueñipea, hija del Kan de Tartaria), y IX, de Le Sage.

Cap. VII. Le Sage supone que Mosén Valentín conocía ya el Quijote de Cervantes, lo cual no está en Avellaneda. De aquí toma pie en su capítulo X para intercalar una censura muy impertinente del *Quijote* de Cervantes. Cap. XI de Le Sage. Aquí añade Le Sage el hallazgo de la maza del arzobispo Turpín.

Cap. VIII. Lib. II de Le Sage, cap. I.

Cap. IX. Lib. II, cap. II de Le Sage.

Cap. X. Lib. II, cap. III de Le Sage.

Cap. XI. Lib. II, cap. IV de Le Sage; suprimiendo toda la descripción de los arcos y el juego de sortija. Pero con la aparición de D. Quijote vuelve á tomar el hilo.

Cap. XII. Le Sage, Lib. II, cap. V. Lo que el *Quijote* de Avellaneda atribuye á D. Belianis, Le Sage lo refiere al libro de las aventuras del *Caballero del Sol*. Más adelante Le Sage añade una bufonada de Sancho sobre su hija Sanchica y el parecido que tenía con el cura de su lugar.

Cap. XIII. Le Sage, lib. II, cap. VI y VII.

Cap. XIV. Le Sage, lib. III, cap. I. Suprime la segunda estancia de D. Quijote en casa de Mosén Valentín.

Cap. XV. Le Sage suprime todo el cuento del *Rico Desesperado*, sustituyéndole con el entierro de la mujer penitente, que vivía en hábito de ermitaño, y que resulta ser la priora D.<sup>a</sup> Luisa del cuento de *Los Felices Amantes*, así como Fr. Esteban el Don Gregorio. (Lib. III, cap. II.) Con esto intercala mejor el segundo cuento y da más viveza dramática á la narración (1).

(1) Nada hay que advertir respecto del cuento de *Los Felices Amantes*, que es una de las más célebres leyendas de milagros de la Virgen; la misma que Zorrilla trató en *Margarita la Tornera*. Las vicisitudes de este piadoso cuento en España han sido estudiadas recientemente por un joven erudito, D. Armando Cotarelo y Valledor (*Una Cantiga del Rey Sabio*, Madrid, 1904). Avellaneda la tomó, según él mismo declara, del «milagro» veinticinco de los noventa y nueve que de la Virgen Sacratísima recogió en su tomo de sermones el grave autor y maestro, que por humildad quiso llamarse el *Discipulo*, es decir, el dominico Juan Herolt. Por cierto que esta versión difiere profundamente de la que siguió Lope de Vega en su preciosa comedia *La Buena Guarda ó La Encomienda bien guardada*; lo cual es un indicio más para no atribuirle el *Quijote* de Avellaneda.

El cuento teroz y repugnante de *El Rico Desesperado* procede, si no me equivoco, de la novela 24.<sup>a</sup> (parte 2.<sup>a</sup>) de las de Mateo Bandello, aunque en los pormenores y sobre todo en el final, hay gran divergencia. Bandello, á su vez, la había tomado de la novela 23.<sup>a</sup> de la Reina de Navarra, á quien cita. El episodio de D. Jaime é Ismenia en *El Español Gerardo* de Céspedes tiene analogía con el de Avellaneda, acaso por la comunidad de origen italiano.

Cap. XVII. Le Sage, lib. III, cap. II y III.

Cap. XVIII. Le Sage, lib. III, cap. IV.

Cap. XIX. Le Sage suprime toda la parte milagrosa de la historia, y acaba el cuento de una manera fría é insulsa.

Cap. XXI. Lib. III, cap. V de Le Sage.

Cap. XXII. Lib. III, cap. VI.

Cap. XXIII. Lib. III, cap. VIII. Intercala aquí el encuentro del soldado Bracamonte con su hermano que volvía del Perú. Desde este momento empieza el imitador francés á separarse de su original, insertando un capítulo enteramente nuevo: *Historia de Rafael de Bracamonte* (lib. III, cap. IX).

Cap. XXIV. Le Sage, lib. III, cap. X, pero con muchos cambios y muy abreviado, suprimiendo la prisión de Sancho en Sigüenza, y todo lo demás que se refiere hasta el fin del capítulo.

Cap. XXV. Le Sage, lib. III, cap. XI.

Cap. XXVI. Le Sage, lib. III, cap. XII.

Cap. XXVII. Le Sage, lib. III, cap. XIII.

En el XIV se aparta del original, é intercala dos largos capítulos sobre el encantamiento y desencantamiento de Sancho. Reanuda la historia en el cap. XVI.

Cap. XXVIII. Le Sage, lib. III, cap. I y II.

Cap. XXIX. Los capítulos II á VI inclusive de Le Sage nada tienen que ver con el

texto de Avellaneda. El que corresponde á este capítulo es el VII del autor francés.

Cap. XXXI. Cap. VIII, lib. IV de Le Sage, pero con muchas modificaciones.

Cap. XXXII. Cap. V, lib. V de Le Sage, con notables alteraciones. Intercala otros cinco de su cosecha, y vuelve á tomar el hilo del *Quijote* de Avellaneda en el lib. VI, cap. I.

Cap. XXXIII. Le Sage, cap. V, lib. V.

Cap. XXXIV. Le Sage, lib. VI, cap. III, que luego prosigue larga y originalmente con la donosa historia de la Infanta Burlequina, y de su desencanto por D. Quijote, imitada del desencanto de Dulcinea.

En estos últimos capítulos hay muchas reminiscencias de la *Segunda Parte* auténtica, lo cual debe notarse, porque Le Sage dió su libro como traducción, é hizo creer á algunos incautos que Cervantes había plagiado á Avellaneda. Los extravagantes elogios que hizo de éste tampoco parecen muy sinceros, y todo el libro tiene trazas de una especulación de librería en que, por una parte, se explotaba la popularidad del *Quijote*, y por otra, se procuraba llamar la atención con paradojas contra Cervantes.

Por de pronto la refundición de Le Sage tuvo éxito. Fué traducida al inglés por el capitán John Stevens, en 1705, al holandés

en 1706, al alemán en 1707, y todas estas traducciones obtuvieron los honores de la reimpresión (1).

Pero como era falsa y efímera la base en que estribaba la rehabilitación póstuma de Avellaneda, no bastó el talento del ameno y discreto refundidor para prolongar la sorpresa del primer momento, ni mucho menos lo han conseguido otros traductores más modernos que se han ajustado más escrupulosamente á la letra del original, como un anónimo inglés de 1805 (2), y el francés Germond de Lavigne, que en 1853 (3) intentó nueva y temeraria apología de un libro relegado definitivamente por la crítica al mundo de las curiosidades literarias, del cual nunca podrá salir.

(1) No me detengo en ellas, porque están descritas en la monumental *Bibliografía* de Rius, manual indispensable de todo cervantista.

(2) *The Life and Exploits of the ingenious Gentleman Don Quixote de la Mancha... With illustrations and corrections by the Licenciado D. Isidoro Perales y Torres. And now first translated from the Spanish. Swaffham, 1805, 8.º*

(3) *Le Don Quichotte de Fernandez de Avellaneda, traduit de l'espagnol et annoté par A. Germond de Lavigne. Paris, Didier, 1853.* Del prólogo, lleno de paradojas y desatinos, hay edición aparte con este título: *Les deux Don Quichotte, étude critique sur l'œuvre de Fernandez Avellaneda...* Paris, Didier, 1852.

Como tal curiosidad, y sin ningún intento apologético, se publica esta nueva edición, que es copia fiel de la primitiva de Tarragona, cuya ortografía conserva, aunque la puntuación va acomodada al uso moderno, según se practica en ediciones de esta clase.

Han querido los editores que al frente de ella figure la carta que en 15 de Febrero de 1897 dirigió al benemérito y malogrado cerwantista D. Leopoldo Rius, proponiendo una nueva *conjetura* sobre el autor del *Quijote* de Avellaneda, después de hacerme cargo de las opiniones que hasta entonces se habían formulado sobre el asunto.

Publicado este artículo en la hoja literaria de un periódico (*El Imparcial*), estaba tan expuesto á perecer como todos los papeles de su índole, y aunque acaso la pérdida no hubiera sido grande (á juzgar por las desafortunadas críticas, ó más bien censuras, de que ha sido blanco aquel modestísimo ensayo mío), todavía releyéndole hoy después de tanto tiempo, y como si se tratara de cosa ajena, encuentro en él algo que puede ser útil, y por eso consiento en la reimpresión, añadiéndole algunas notas y rectificaciones. La parte crítica y negativa, que es la principal en mi estudio, ha quedado intacta. No será tan mala cuando tanto se valen de ella los mismos que afectan despreciarla. La parte

no afirmativa, sino *conjetural*, conserva el mismo carácter de *hipótesis* con que la presenté siempre. Doy poca importancia al nombre de *Alfonso Lamberto*, que por ser tan desconocido, apenas sacaría al libro de su categoría de anónimo. Alguna de las presunciones que alegué en su favor me parece ahora débil, pero todavía creo que es la *hipótesis* menos temeraria de cuantas conozco, la única que no tropieza con alguna imposibilidad física ó moral. Sin duda por su propia modestia y sencillez ha hecho poca fortuna, pero sea Alfonso Lamberto ú otro el autor del falso *Quijote*, lo que para mí es incuestionable, y creo que ha de serlo para todo lector de buena fe, es que aquella mediana novela fué parto de la fantasía de un autor oscurísimo, de quien acaso no conocemos ninguna otra obra. El misterio que envuelve su nombre no tiene más misterio que la propia insignificancia del sujeto. Sus contemporáneos le miraron con tal desdén, que ni siquiera hubo quien se cuidase de arrancarle la máscara.

A continuación de mi carta me haré cargo, aunque brevemente, de la nueva solución propuesta con gran estrépito por Mr. Paul Groussac en su curioso libro *Une énigme littéraire*, y gracias al inesperado concurso de buenos amigos, mostraré sin



trabajo ni mérito propio, que el Sr. Grousac, á pesar de la intemperancia y descortesía con que trata á todos sus predecesores, nada prueba ni resuelve nada, y deja la cuestión tan oscura como estaba.



## II

## UNA NUEVA CONJETURA

SOBRE EL AUTOR DEL «QUIJOTE» DE AVELLANEDA

*Al Sr. D. Leopoldo Rius y Lloséllas.*

*En Barcelona.*

**M**i antiguo y querido amigo: Hace tiempo indiqué á Vd. los fundamentos de mi opinión acerca del encubierto autor del falso *Quijote*, y usted benévolamente me convidó á que los pusiese por escrito, ofreciéndome hospitalidad para ello en el tomo segundo de su monumental *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes*, cuya terminación esperan con ansia todos los amigos del mayor ingenio literario que España cuenta en sus anales. Hoy cumplo mi palabra, aun á riesgo de defraudar las esperanzas de Vd. y de los que tengan la paciencia de leer hasta el fin esta carta, que de seguro ha de resultar prolija, y lo que es peor, poco concluyente.

Al llamar *nueva* á la conjetura que voy á exponer, sólo quiero decir que no la he visto

en ningún libro ni se la he oído á nadie; aunque por lo demás, me parece tan obvia, que de lo que únicamente me admiro es de que no haya sido la primera en que se fijasen todos los críticos que han tratado de esta materia (1). El descubrimiento, si descubrimiento hay, viene á ser tan baladí como la solución de aquel famoso acertijo que años atrás solía leerse en las cajas de fósforos: «¿dónde está la pastora?»

Perdone Vd. lo trivial de esta comparación, pero no encuentro otra que más adecuadamente traduzca mi pensamiento. A mi entender, casi todos los que se han afanado en descubrir el nombre del incógnito Avellaneda, han pecado por exceso de ingeniosidad, prescindiendo de lo que tenían más á mano y dejándose llevar por la creencia anticipada de que el encubierto rival de Cervantes hubo de ser forzosamente persona conspícua en la sociedad ó en las letras. Las conclusiones inciertas y contradictorias á que por este método se ha llegado, demuestran su ineficacia, y convidan á ensayar otro nuevo, que quizá conduzca á un resultado

(1) Principalmente ha de decirse esto de D. Cayetano Alberto de la Barrera, que estuvo á punto de dar la misma solución que yo, aunque se apartó de ella cegado por la falsa luz de la atribución á Aliaga, que era la dominante en su tiempo.

más positivo, si bien más modesto. ¿Por qué no había de ser el supuesto Avellaneda un escritor oscuro, el cual, enemistado con Cervantes por motivos que probablemente ignoraremos siempre, y movido además por la esperanza de lucro en vista del éxito prodigioso que había alcanzado la primera parte del *Quijote*, impresa seis veces en un año, se arrojó á continuarla con tanta osadía como intención dañada, llevando el justo castigo de la una y de la otra en el olvido ó desestimación en que muy pronto cayó su obra, y en la oscuridad que continuó envolviendo su persona? (1).

Y no es que este falso *Quijote* sea obra enteramente adocenada ni indigna de estudio. Sin convenir yo de ningún modo con las tardías y extravagantes reivindicaciones de Le Sage, de Montiano, de Germond de Lavigne y de algún otro traductor, editor ó crítico, dictadas unas por el mal gusto y otras por el temerario y poco sincero afán de la paradoja, todavía encuentro en la ingeniosa fábula de Avellaneda condiciones muy estimables, que la dan un buen lugar entre las novelas de

(1) Con mucho estrépito y tropel de desvergüenzas, esto es en el fondo lo mismo que viene á decir el Sr. Groussac, grande enemigo de las que llama tesis *megalómanas* (vid. pp. 161 y 167). ¿Y entonces por qué tanto encono contra los que antes de él han pensado lo mismo?

segundo orden que en tan gran copia produjo el siglo xvii. No tiene su autor la poderosa fantasía, la fuerza trágica, el inagotable artificio para anudar casos raros y situaciones estupendas, que hacen tan sabrosa la lectura de las románticas y peregrinas historias de D. Gonzalo de Céspedes, cuyo temperamento de narrador se parecía un tanto al del viejo Dumas ó al de nuestro Fernández y González. No tiene tampoco las dotes de delicada y á veces profunda observación moral, de varia y amena cultura, de urbano gracejo y cortesana filosofía, que tanto resplandecen en los numerosos escritos del simpático y olvidado Salas Barbadillo. Ni con Castillo Solórzano compite en el vigor picaresco de las novelas festivas, ni en la varia invención y caprichosa urdimbre de los cuentos de amores y aventuras. Todos estos novelistas, y otros que aquí se omiten, aventajan ciertamente al pseudo-Avellaneda en muchas cualidades naturales y adquiridas, pero no puede decirse que le aventajen en todas; y además suelen adolecer de resabios culteranos y conceptistas, que en él no existen, ó son menos visibles. El decir de Avellaneda es terso y fácil; su narración clara y despejada, aunque un poco lenta; hay algunos episodios interesantes y bien imaginados; el chiste es grosero, pero

abundantísimo y espontáneo; la fuerza cómica, brutal, pero innegable; el diálogo, aunque atestado de suciedades que levantan el estómago en cada página, es propio y adecuado á los figurones *rabelianos* que el novelista pone en escena (1). Lo que decididamente rebaja tal libro á una categoría inferior, no sólo respecto de la obra de genio que Avellaneda toscamente profanaba, sino respecto de otras muchas de aquel tiempo que no pasan de ingeniosas y amenas, es el bajo y miserable concepto que su autor muestra de la vida, la vulgaridad de su pensamiento, la ausencia de todo ideal y de toda elevación estética, el feo y hediondo naturalismo en que con delectación se revuelca, la atención predominante que concede á los aspectos más torpes, á las funciones más ínfimas y repugnantes del organismo animal. Si no es

(1) En ninguna parte he dicho que *todo Rabelais esté en las obscenidades*, como el Sr. Groussac me achaca (p. 100). Rabelais es un torrente que arrastra partículas de oro entre muchísimo fango. Sus ideas pedagógicas son dignas del gran siglo en que escribió. Pero su grosera y sistemática inmundicia ¿quién la niega? Sólo bajo este aspecto se le compara con Avellaneda, si realmente envuelve comparación, y no un mero calificativo, el pasaje acriminado. No se trata aquí de la fuerza satírica de Rabelais, ni de la trascendencia de su obra, en que la parte carnal del Renacimiento se expresó con inusitado brío. De esta orgía de los sentidos y de la imaginación no hay rastro en Avellaneda, pero la brutalidad en las representaciones asquerosas es característica de ambos autores.

un escritor pornográfico, porque no lo toleraban ni su tiempo ni el temple de su raza, es un escritor *escatológico* y de los peor olientes que pueden encontrarse.

Pero esta misma baja tendencia de su espíritu hace inestimable su obra, en cuanto sirve para graduar por comparación ó más bien por contraposición, los méritos de la de Cervantes. El continuador se apodera de los tipos creados por su inmortal predecesor, pero sólo acierta á ver en ellos lo más superficial, y en esto se encarniza, abultándolo en caricatura grosera. Ni el delicado idealismo del hidalgo manchego, ni el buen sentido de su escudero, salen bien librados de sus pecadoras manos, las cuales parece que tienen el don de ensuciar y mancillar todo lo que tocan. Su Don Quijote es un feroz energúmeno, un loco de atar; su Sancho Panza un glotón asqueroso é insaciable. Lo que en Cervantes, en la aventura de los batanes, fué descuido de un momento, se convierte en regla general para su imitador, cuyo libro *todo es batanes*, si se me permite este necesario eufemismo.

Tiene, pues, el *Quijote* de Avellaneda, aparte de sus méritos positivos, si bien secundarios, el de ser una piedra de toque, que sirve al crítico y al intérprete de Cervantes para estimar y aquilatar debidamente lo que

sólo al genio es dado crear, y lo que puede dar de sí la ingeniosa y experta medianía, aun aleccionada por tan grande ejemplo y procurando remedarle, como remeda el monolito de las obras del ser racional. Y sirve, además, para otra enseñanza estética, de carácter todavía más general, es á saber, para mostrar práctica y experimentalmente la diferencia profunda que media entre el grande y humano realismo de un Cervantes ó de un Shakespeare (por ejemplo), y el *naturalismo* de muchos franceses modernos, en cuyas filas se hubiera alistado con gran entusiasmo el falso Avellaneda si hubiese llegado á conocerlos. *La Terre* de Zola, por ejemplo, y este *Quijote* apócrifo parecen libros de la misma familia (1).

(1) *Critica de seminario* llama á esta apreciación de Zola el Sr. Groussac. Sin duda se habría educado en algún seminario el crítico francés que en 1887 tuvo el valor de escribir, á propósito de *La Terre* precisamente, un artículo del cual puede dar ligera muestra el siguiente párrafo, no tan conocido en España como debiera:

«La obra de Zola es mala, y él es uno de aquellos desdichados de quien se puede decir que valdría más que no hubiesen nacido. No le negaré su detestable gloria. Nadie antes de él había levantado un tan enorme montón de inmundicias. Ese es su monumento, y nadie puede negar su grandeza. Ningún hombre había hecho tan grande esfuerzo para envilecer la humanidad, para insultar á todas las imágenes de la belleza y del amor, para negar todo lo que es bueno y todo lo que está bien. Ningún hombre había desconocido hasta este punto el ideal de los hombres.

No es maravilla, pues, que un escrito que á tan diversas consideraciones se presta, y que, aun siendo peor de lo que es, siempre sería curioso por su bastardo parentesco con la primera novela del mundo, haya llamado en todo tiempo la atención de los cervantistas, preocupados principalmente con el enig-

Hay en todos nosotros, en los pequeños como en los grandes, en los humildes como en los soberbios, un instinto de la belleza, un deseo de todo lo que orna y decora el mundo, de todo lo que forma el encanto de la vida. M. Zola no lo sabe. El deseo y el pudor se mezclan á veces con deliciosos matices en las almas. M. Zola no lo sabe. Hay en la tierra formas magníficas y nobles pensamientos, almas puras y corazones heroicos. M. Zola no lo sabe. El dolor es sagrado. La santidad de las lágrimas está en el fondo de todas las religiones. M. Zola no lo sabe. Ignora que las gracias son decentes, que la ironía filosófica es indulgente y dulce, y que las cosas humanas no inspiran más que dos sentimientos á las almas bien nacidas: la admiración ó la compasión. M. Zola es digno de una compasión profunda.»

¿Quién escribió esta página de sacristía, que puede buscar el curioso en un libro muy conocido que se titula *La Vie Littéraire* (t. I, pág. 236)? ¿Era por ventura católico, cristiano ó espiritualista siquiera? No: era un anarquista intelectual, el escritor más elegante, más refinado y más perverso que actualmente tiene la literatura francesa: Anatole France, en suma. Si luego ha caído en la vulgaridad de elogiar á Zola, no ha sido por motivos literarios (puesto que no sé que haya retractado nunca su juicio), sino por lo que los franceses llaman el *affaire*. Pero júzguese como se quiera de la actitud de Zola en un célebre proceso, nada tiene esto que ver con el concepto estético de sus novelas, que á persona de tan buen gusto como A. France no pueden menos de seguir pareciéndole un montón de basura, como antes.

ma del nombre de su autor, que han procurado resolver por caminos muy diversos.

No me empeñaré en apuntar aquí todas las soluciones de que tengo noticia; empeño doblemente inútil dirigiéndome á Vd., que las tiene olvidadas de puro sabidas, y que dará razón de ellas en los respectivos artículos de su bibliografía. Además, muchas no han tenido séquito alguno, y son tan absurdas, que fuera tiempo perdido el que se emplease en refutarlas (1). Pero creo conveniente empezar descartando algunas que ya por su mayor verosimilitud, ya por la autoridad que les dan el ingenio y la doctrina de los que las han sostenido, pueden servir de embarazo en esta indagación, preocupando el ánimo antes de llegar á ella.

(1) El Sr. Groussac, que tanto alarde hace de sus escrúpulos de exactitud, aprendidos, según da á entender, en las novelas de Merimée (p. 275), no es muy exacto que digamos, cuando me atribuye gratuitamente el honor de haber impugnado *bastante bien* la candidatura de Gaspar Scioppio. Muchas gracias; pero la verdad es que para nada hablé de semejante sujeto en mi carta. La conjetura de Rawdon Brown sobre el humanista alemán y el duque de Saboya y los pollinos de Sancho, me ha parecido siempre tan desatinada, que ni siquiera quise hacer mérito de ella. Ni Scioppio escribió una sola línea en castellano, ni llegó á Madrid hasta marzo de 1614, un mes antes de ser aprobado para su impresión el *Quijote* tarraconense, ni la obra de Cervantes es una sátira contra el duque de Lerma, como Rawdon Brown pretendía.